

tantes de lo que llamamos «la poesía del silencio». Tan solo en 1974, alentado por algunos de los que nos considerábamos sus entrañables amigos, se decidió a publicar otro libro de versos, donde estaba casi todo lo que había ido escribiendo en silencio atormentado: *Las voces y las cosas. Breve antología*. Es un libro con evidentes raíces machadianas. No sólo en su magistral poema *Las cuatro estaciones*, con reminiscencias de *La tierra de Alvargonzález*, sino en otros poemas evocadores de este libro, donde hay una honda preocupación metafísica del paisaje, de la geografía humana que le rodea, sobre todo de la tierra castellana y manchega que le impedían disfrutar y contemplar cotidianamente por la fuerza judicial del exilio. Raíces machadianas, sí, pero todo ello matizado por una gran personalidad poética propia.

No era un hombre resentido y atormentado. Lo conocí profundamente, lo quise como a un padre, y puedo hablar en primera mano. Recuerdo que tenía la serena madurez intelectual y filosófica de Séneca, y que tan sólo le hacía vomitar la nostalgia que se le acumulaba inexorablemente anegando a menudo su corazón, pero nunca el rencor y mucho menos el odio. Desde este horizonte sereno y en paz de su espíritu, podía entender mejor a los que ganaron la guerra y a su obra y decirles abiertamente: *¡Qué soledad!*, espléndido poema que fue publicado en la revista *Monteagudo*, de la Universidad de Murcia, en 1978:

«¡Qué soledad cuando mireis lo único
que os queda en vuestras manos:
cuando mireis la muerte!

¡Si es que teneis conciencia,
qué soledad la vuestra!
Estar muertos, aún vivos,
sobre muertos que viven.

Ni una idea salvasteis,
ni una sola,
de brazos de la muerte.

Aún va un hilo de sangre
por todos los caminos
de tierras y de mares
con las perdidas rosas de tantas primaveras.

¡Qué soledad la vuestra,
qué trágico destino